

todo hombre, aunque sea enemigo; y si lo ves a tu paso, si lo encuentras al lado tuyo, y ves que tiene necesidad lo debes socorrer, y siempre mirarle con amor.

Amarás a tu prójimo como a tí mismo.

¶ Así lo hizo el Samaritano con el judío que se encontró a su paso. Tú que ves bien ese amor de un enemigo tuyo, para con uno, que tal vez es judío, ten también ese mismo amor con cualquiera que te sea próximo, aunque en lo demás sea muy lejano de tí, aunque sea enemigo, aunque sea Samaritano.

El Legispero había venido a explorar si el Maestro sabía bien; bien sabía y buena doctrina le daba. Sin duda como la que él no esperaba.

144. MARTA Y MARÍA

(L. 10, 38-42)

Casi estaban ya en Jerusalén. Habían llegado a Betania. Allí estaba la casa de unos amigos queridísimos de Jesús, la de Lázaro, Marta y María. A ella se retiraba muchas veces durante su estancia en Jerusalén el Maestro, y allí se paró esta vez al caminar a Jerusalén con tanta cautela y sigilo, para preparar más oportunamente su llegada a la Ciudad Sagrada.

Muy cerca de ella y del monte Olivete se levantaba el pueblecillo, y en él la casa campestre de Lázaro. Llamó Jesús, y como siempre, fué recibido por Marta que debía ser mayor con íntimo y familiar afecto. Alegróse en el alma María Magdalena que sabemos era una de las que le seguían muchas veces sirviéndole con otras cuando era necesario. Lázaro esta vez debía estar ausente; al menos no aparece por ninguna parte en esta ocasión.

Y sucedió que las hermanas se aplicaron, cada una según sus aficiones, a diversas faenas. María o más amante del Maestro, o más picada por oír la palabra que tantas veces, mucho más que su hermana, había escuchado y saboreado, se aplicó desde luego a preguntar y escuchar el Evangelio al Maestro. Se desentendió en cuanto pudo de las faenas domésticas, si es que atendió algo a ellas. Sentóse con mucho sosiego a los pies del Maestro, y allí sen-

tada púsose, acaso con los discípulos, a escuchar su preciosa doctrina sin cansarse ni distraerse.

Marta por el contrario afanosa por obsequiar al Santo huésped como merecía, y por preparar un buen convite a sus discípulos, andaba de un lado a otro sumamente activa en mil ocupaciones.

Es verdad que ella era el alma de la casa, según parece. Pero en fin, aunque así fuese, reclamaba con razón el auxilio de su hermana y llevaba mal el que en medio de sus afanes María, dejándola sola, se estuviese tranquila y sosegada escuchando lo que decía al Maestro.

Y aunque se contuvo mucho, no pudo contenerse del todo; una vez que pasó junto al Señor, y vió cómo su hermana seguía sin hacer nada, absorta en la divina doctrina, se paró y dijo:

«—Señor, no te fijas que mi hermana me deja sola para preparar las cosas! Dile que me ayude».

»Respondió el Señor y le dijo:

»—Marta, Marta muy afanosa estás, y te preocupas de muchísimas cosas. Pues bien, no es necesaria sino una. María ha escogido la parte mejor que nadie se la quitará».

No haces mal en prepararlo todo. Pero créeme que te afanas demasiado y por demasiadas cosas. Es excesivo el cuidado que pones en tantas que son inútiles o poco importantes. Algo mejor es lo que hace tu hermana. Ella ha escogido una ocupación mucho más importante. No hay nada necesario fuera de una sola cosa, que es sin duda el salvarse y dar gloria a Dios, y por tanto el aprender esta ciencia y esta doctrina. María hace bien en no afanarse tanto en preparar tantas cosas innecesarias como tú preparas, y aprovecha mejor el tiempo en aprender la doctrina del Evangelio. Todo eso que tú estás haciendo son cosas transitorias, que pasarán y se te quitarán. Lo que María está haciendo eso no pasará ni se le quitará.

Bueno es y obligatorio hacer lo necesario por la vida y menester es cumplir con las exigencias de la naturaleza. Pero fuera de lo necesario, todo lo demás supérfluo y terreno no sirve para nada. Hay otras cosas mucho más importantes, o mejor dicho, hay una cosa únicamente importante, a la cual se debe dar todo el tiempo que se pueda,

y es el negocio de la santificación del alma, el negocio de conocer y amar a Dios.

Buena lección para los mundanos, que piensan que una persona no hace nada, mientras no promueve o fomenta los intereses mundanos, que se nos van a quitar. Y desprecian a los que emplean el tiempo en santificarse y santificar a los demás, es decir, en el único negocio que nos importa y que trasciende a toda la eternidad.

Además, ¿quién, cuando Jesús le habla al corazón, es capaz de distraerse y prestar atención a cosas terrenas? «Bienaventurados, dice Kempis, los oídos que no escuchan la voz de fuera, sino la verdad que enseña dentro. Bienaventurados los que se alegran de entregarse a Dios, y se desentredan de todo impedimento del mundo». Oh dichoso aquel a quien hable Cristo.

145. ENTRADA EN JERUSALÉN

(J. 7, 11-36)

Jerusalén rebosaba de júbilo. Las calles estaban llenas de tiendas y enramadas, en las cuales alegres festejaban sus tradiciones miles y miles de judíos reunidos en Jerusalén. Incesantemente iban y venían del templo los devotos. Como la fama de Jesús se había extendido por todas partes, figurándose que no dejaría un varón tan religioso de venir a esta fiesta, como había venido a otras, buscaban y preguntaban por el Maestro en todas partes.

Espiábanle sobre todo con sagaz empeño los Judíos, es decir, los Fariseos y Sacerdotes y sus partidarios y agentes que tenían muchas ganas de prenderle y matarle. Y acaso esperaban hallar ocasión para ello en los primeros días de la fiesta.

Quedaron tristemente burlados. Porque Jesús no se presentó, ni el primero, ni el segundo, ni el tercero día de las fiestas. Desorientados y sin poder más disimular su engaño preguntaban:

—¿Dónde anda ese?

También la turba le buscaba, y andaba inquiriendo y contando lo que de él se sabía y se decía; y, como suele suceder en estos casos, unos aprobaban la conducta de

Cristo, otros la vituperaban, según la manera de cada cual. Dice San Juan:

«Había muchas murmuraciones acerca de él entre la turba.

»Unos decían:—Es bueno.

»Otros:—No es bueno, sino que seduce al pueblo».

Pero todo esto no lo decían abiertamente, sino en reserva y con sigilo y cautela. «Nadie hablaba de él claramente por miedo a los judíos».

Promediaban ya las fiestas, cuando de repente y sin advertirlo nadie subió Jesús a Jerusalén, penetró en el templo, sentóse en una de sus salas, como lo hacían otros doctores en estos días de reunión, y se puso a enseñar al pueblo.

Pronto se extendió la noticia. Acudió la turba; acudieron también los de los fariseos. Y comenzó desde entonces un gran movimiento que nos describe San Juan en sus rasgos más esenciales. Datos sueltos, rápidos apuntes de lo muchísimo que en aquellos días debió decirse y hacerse es lo que San Juan nos ofrece. No es fácil al intérprete del Evangelio seguir muchas veces la ilación de los hechos y sobre todo de los dichos que en aquellos días se cruzaron entre Jesús, los judíos y la plebe. Los apuntes que nos presenta San Juan dejan muchos puntos intermedios incompletos. Vese, sin embargo, claramente la efervescencia que la presencia de Jesús suscitaba en la Ciudad Sagrada. La ira y rabia de los que San Juan llama siempre *judíos* y que no son otros que los fariseos y sus partidarios. Las incertidumbres de la plebe. Y en medio de todo la augusta serenidad de Jesús, dominando aquellas tempestades humanas, harto más difíciles de dominar que las del lago de Tiberíades.

Estaba, pues, Jesús sentado en el templo con gran confianza y explicaba su doctrina a quien quería escucharle.

Por detrás del plebeyo auditorio, pasmados de su atrevimiento, rabiosos por retirarle si pudiesen, maquinando asechanzas y traiciones le contemplaban los ministros de los fariseos y sinedritas

Y estándole todos mirando y esperando a su alrededor su doctrina, comenzó a explicarla según su costumbre. No

nos dice el Evangelista el asunto sobre que esta vez hablaba. Pero hablaba sin duda como solía, como quien tenía autoridad plena y soberana, llenando a todos de admiración. Y lo que sucedió tantas otras veces, sucedió también entonces, que algunos amigos acaso por sincera admiración, o más bien en esta ocasión enemigos por envidia y malicia, y por deseo de desautorizarle, empezaron a decir:

«—¡Cómo va a saber éste la Escritura si no ha estudiado!

»Respondió Jesús:

«—Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me ha enviado. Si alguno quiere hacer su voluntad conocerá si mi doctrina es de Dios o si yo hablo por mí mismo. El que habla por sí mismo busca su propia gloria; pero el que busca la gloria del que le ha enviado ese es veraz y no hay en él injusticia».

Quería decirles: Vosotros decís que ¿cómo sé yo la Escritura, si no la he estudiado? Pues bien, lo que otras muchas veces os he dicho os repito ahora; yo traigo doctrina del cielo, porque soy enviado del cielo. Y si vosotros quisierais cumplir con la voluntad del que me envía y ser buenos, entonces conoceríais esto que digo; y si no lo conocéis es por vuestros pecados, por vuestra culpa. Buena diferencia va de mi explicación a la vuestra: vosotros enseñáis para glorificaros y adquirir gloria; yo, ya lo habéis visto muchas veces, no busco mi gloria, sino que desinteresadamente busco la gloria de mi Padre.

Aunque el Evangelista San Juan nada dice, al llegar aquí le debieron echar en cara que había dado la salud a uno en sábado, sea que le recordasen la curación del paralítico hecha hacía año y medio, en la primera pascua, sea que entonces hubiese hecho alguna otra curación en sábado. Por eso Cristo les dijo:

«—No os dió Moisés la ley y ninguno de vosotros la observa? Pues ¿por qué a mí me queréis matar?» con pretexto de que no guardo el sábado?»

Debióles picar el que así claramente les echase en cara lo que ellos maquinaban en secreto de que querían matarle, y le dijeron:

«—Tú tienes el demonio (que era frase familiar como la

que usamos ahora cuando uno disparata) ¿quién te quiere matar?»

Sin hacer caso Jesús de esta interrupción, prosiguió su respuesta, diciendo:

«—He hecho una obra y todos os perturbáis. Ahora bien, Moisés os ordenó la circuncisión (aunque más bien que de Moisés es de los Padres) y (cuando el niño nació en sábado) circuncidáis en sábado a los hombres. Si pues por no violar la ley de Moisés circundáis en sábado (a pesar de que hay que trabajar en la circuncisión en varias cosas para curar al herido y circuncidado) ¿os indignáis contra mí porque he dado la salud completa a un hombre en sábado? No juzguéis según las apariencias, sino según toda justicia».

Hablaba Jesús con toda libertad y confianza, y como sabían muchos y casi todos que los sinedritas y fariseos estaban buscando ocasión de matarle, decían algunos de Jerusalén, que eran los que más enterados estaban de la rabia farisáica contra Jesús:

«—¿No es este el que buscan para darle la muerte? Pues mirad cómo habla en público y no le dicen nada. Si habrán averiguado los Príncipes que este es el Cristo?»

Y otros que estaban a su lado decían:

«—Pero éste ya sabemos de dónde es. Al paso que el Cristo cuando venga nadie sabe de dónde será».

No era esto verdad: al contrario, ya vimos cómo era tradición de la Escritura que el Mesías había de venir de Belén; pero los que aquí hablan tenían este error bastante esparcido por el pueblo, de que el Mesías habría de venir inesperadamente y no se sabe de dónde.

Jesús que oyó o adivinó estas palabras levantó su voz en el templo y empezó a clamar:

«—¡Que me conocéis! y que sabéis de dónde soy! sin embargo, no vengo por mí mismo, sino que me ha enviado el que es veraz, a quien vosotros no conocéis. Yo sí le conozco porque soy de él y él me ha enviado».

Quería decir: Es cierto que conocéis mi origen humano, y mi origen en la tierra, pero como Cristo, como Mesías, no penséis que vengo por mi sola autoridad, ni que no tengo otro origen más misterioso y elevado; porque vengo del que no puede engañar, porque es veraz, de uno a quien

vosotros no conocéis, y yo sí, como que él soy, y de él traigo mi origen y él me ha enviado. Aludía evidentemente a su Padre. A quien los Judíos, sí, conocían, pero no con el conocimiento intuitivo de Cristo, que le había visto y le estaba viendo, como que de él recibía el ser eternamente.

Durante todo este tiempo, los ministros de los sinedritas y enviados de los fariseos, estaban rondándole para ver si le podían prender, pero nadie le echó mano. Porque, dice San Juan, aún no había llegado su hora, es decir, la hora que marcaba Jesús y el Padre para permitir que lo prendiesen y le diesen la muerte.

El efecto de las palabras y predicación de Cristo en este día fué muy hondo. Muchos de la turba creyeron en él y aunque con alguna cautela por los miedos de los sinedritas, pero firmemente convencidos de la verdad, decían:

«—El Cristo cuando venga hará más prodigios que este?»

Palabras que oídas por los sinedritas y fariseos los debieron enojar sobremanera, pues al punto renovando las órdenes que habían dado, enviaron ministros que prendiesen a Jesús, con autoridad sin duda del Tribunal o Sinedrio de Jerusalén.

Compadecióse sin duda Jesús de aquella obstinación y ceguera, y al ver a los ministros que se le acercaban insidiosamente, dijo:

«—Todavía he de estar un poco más con vosotros. Pero pronto iré al que me envió. Entonces me buscaréis y no me hallaréis. Porque adonde yo esté no podréis venir vosotros».

Al oír esto los judíos, que estaban pensando cómo prenderle, se dijeron unos a otros:

«—¿A dónde irá éste para que no le podamos encontrar? Si irá a la dispersión de los helenos y enseñará a los helenos!... Qué querrá decir eso de me buscaréis y no me hallaréis y donde yo esté no podréis venir vosotros?»

Dividían los Israelitas el mundo en dos grandes porciones, la del pueblo de Dios, que eran ellos, y la de los gentiles, a quienes denominaban en general *helenos*, por ser los helenos o griegos los más contiguos a ellos de los grandes pueblos gentiles. Y a los judíos que estaban dispersos entre los gentiles sea en Grecia, sea en otras partes, Siria,

Cilicia, Capadocia, Macedonia, Italia, etc., los llamaban la «dispersión». Solían estos judíos así dispersos tener sus oratorios y sinagogas en las que ellos a sí mismos y a los prosélitos, y también a los gentiles explicaban la Sagrada Escritura y la moral judía.

Ahora, pues, los judíos, sobre todo los que seguían a Jesús los pasos para prenderle estaban pensando al oírle si se iría allá a predicar.

Pero Jesús no trataba de esa idea. Lo que quería decirles era esto. Vosotros venís acá enviados para prenderme. No es hora todavía. Todavía tengo que estar un poco más entre vosotros. Aunque pronto me iré. No me echaréis vosotros, sino que yo me iré, y por tanto cuando yo señale la hora. Y ¡desgraciados de vosotros! porque me iré para desecharos y para que cuando después busquéis al Mesías, no me encontréis; porque adonde yo voy no podréis venir vosotros.

Así terminó aquel día famoso. Jesús desafiando a sus enemigos se presentó en lo más público de Jerusalén. Los Fariseos y Sinedritas o Príncipes del Senado, se consumieron de furor. Los ministros y espías por ellos enviados no se atrevieron a echarle mano. Los pueblos se confirmaron en su creencia de que Jesús era el Cristo, el Mesías, el Profeta, superior a todos sus enemigos.

«—¿No es éste el que están buscando para la muerte? Pues con bien de libertad está hablando y nadie le dice nada!...»

Pero ¿qué valían los Sinedritas, los Fariseos, los Escribas y todos sus ministros contra la voluntad del que calmaba las tempestades con su palabra?

«Callad! enmudeced!» decía Jesús a aquéllas, y al punto se calmaban.

«Quietos! cuidado con prenderme! no es esta vuestra hora! Todavía quiero estar más con vosotros!» decía a los judíos. Y estos sin poderlo remediar se contenían.

146. EL FIN DE LA ESCENOPEGIA

(J. 7, 37-57)

Desde aquel día pasaron otros dos, sin que sepamos lo que en ellos hizo o dijo Jesús.

Y llegó el octavo día el último de la fiesta de las Tiendas. Último día y solemnísimo entre todos, precedido de una semana de alegrísimas fiestas y romerías por las calles, atraía a la ciudad un gentío inmenso, mayor aún que los otros que habían pasado.

Vino Jesús, y asistió a las ceremonias sagradas con el pueblo. Entre los demás ritos, y para conmemorar el beneficio que Jehová les había hecho en el desierto dándoles a beber agua de la roca, el Sacerdote, lo mismo que en los otros días, iba a la fuente de Siloé por la mañana acompañado de inmensa muchedumbre, llenaba en ella un vaso de oro, dirigíase al templo, y mezclaba un poco de vino con el agua. Entonces los levitas entonaban solemnemente el *Hallel*, es decir, la alabanza, que eran los salmos 113 a 118, y el sacerdote derramaba el agua en un ángulo del altar.

Todo se había hecho. El pueblo estaba lleno de religiosa veneración. Despedíase ya de la Casa de Dios, para ir a sus casas. Entonces Jesús aprovechando la magnífica ocasión se presentó a la vista de todos, tomando ocasión de la ceremonia que acababan de ver y puesto de pie empezó a clamar diciendo:

«—Si alguno tiene sed que venga a mí y beba. El que cree en mí, tendrá, como dice la Escritura, en su corazón un manantial de agua viva».

«Al decir esto, añade San Juan, aludía al Espíritu Santo que los creyentes habían de recibir, porque todavía no se había dado el Espíritu, pues aún no había sido Jesucristo glorificado».

Habíase sí, dado el Espíritu Santo de otras maneras, pero no con la efusión con que se dió, después de la Ascensión de Jesucristo a los cielos. En cuanto a la Escritura que, según decía Cristo, afirmaba que quien creye en Cristo tendría en su corazón un manantial de agua viva de gracia y salud, son muchos los sitios en que esta abundancia está prometida. Acaso el Salvador aludía a aquello de Isaías: «Todos los que tenéis sed, venid a las aguas».

De todos modos fué tal la majestad y soberanía con que el Salvador pronunció aquellos clamores, fué tal la elocuencia y divina autoridad con que explicó aquel tema, que rompiendo ya por todas las consideraciones y temores que les

infundían los príncipes y los satélites, sin poderse contener «decían unos: Verdaderamente este es el Profeta! Y otros exclamaban: ¡Este es el Cristo!»

Mala rabia debían dar estas palabras a los partidarios y ministros del Sanedrín que por allá andaban, y si bien no se atrevían a arrostrar aquella manifestación victoriosa, pero empezaron a oponerse tímidamente a ella.

«Decían algunos: Pero el Cristo ¿debe venir de Galilea? ¿No dice la Escritura que de la familia de David y del pueblo de Belén, en que estuvo David, debe proceder el Cristo?»

Como Jesús casi toda la vida había estado en Nazaret, y aun después de haber salido a la vida pública se había detenido principalmente en Galilea, se le tenía generalmente por Galileo, y pocos sabían que había nacido en Belén.

Por eso, precisamente, confirmando sin querer lo mismo que contradecían, negaban que Jesús pudiese ser el Mesías, toda vez que era, según creían todos, galileo, siendo así que el Mesías debía nacer en Belén de David.

Con esto se entabló una disputa ardiente en la turba.

Entre ellos estaban los ministros enviados por los sinedritas, los cuales acaso pensaron aprovecharse de esta ocasión para prender a Jesús, y lo intentaron, y lo estaban deseando; pero ninguno se atrevió a echarle mano. Disolvióse la reunión y cabizbajos volvieron los satélites a los Pontífices, viéndolos venir sin el preso que les habían encargado «les dijeron:—Y por qué no le habéis traído?»

»Respondieron los ministros:—Nunca jamás hombre alguno ha hablado como hoy ese hombre!

»—¡Qué! dijeron los Fariseos, también vosotros habéis sido seducidos? A que no ha creído en él ningún príncipe ni fariseo? Porque esa turba, que no conoce la Ley, son unos malditos».

El enojo de los príncipes era manifiesto. Decirles a ellos que Jesús había hablado de tal modo que no era posible haberle echado mano en aquella ocasión, era darles la peor noticia, pues veían que las turbas de los creyentes crecían cada día. Y no pudiendo sostener la debida serenidad, a falta de razones se desataron contra los ministros, como si se hubiesen dejado seducir y engañar por un hombre que,

si podía engañar al pueblo de los malditos, que no conocían la Escritura, no podría de seguro engañar al que supiese la Ley como ellos. Y acaso no las tenían todas consigo de que ninguno de los príncipes se inclinase a Jesús, y por eso preguntaron maliciosamente: ¿a que no habéis visto a un príncipe ni fariseo que crea en él?

Por desgracia para ellos, aunque pocos, algunos habían creído, y estaban allí presentes. Y uno de ellos fariseo y también príncipe o senador del Sinedrio, Nicodemus el que había venido a Jesús de noche, tomó la palabra y dijo:

«—¿Acaso nuestra ley condena a nadie sin conocer lo que ha hecho ni oír sus descargos?

«—Qué!—respondieron—¿también tú eres galileo? Examina las Escrituras! verás que de Galilea no sale profeta».

A falta de razones contestaban con enojos. Lo que Nicodemus les echaba en cara no tenía respuesta. La razón que daban los Sinedritas era la misma que habían dado los ministros en medio de las turbas. Se conoce que era lo único que podían echarle en cara.

Pero en fin, no se hizo nada aquel día, y la reunión se disolvió por entonces yendo cada uno a su casa.

147. LA ADÚLTERA PERDONADA

(J. 8, 1-11)

Las fiestas de la Escenopegia habían concluido. Jesús se había en ellas de nuevo mostrado al pueblo (y esta vez ante los doctores de Jerusalén) convincente, victorioso, seguro de su misión divina. Los sanhedritas a pesar de todo su empeño no se atrevieron a apresarle. Al contrario, en el mismo sanedrín viéronse confundidos por las palabras de Nicodemus, y acaso también por la actitud de algunos otros que impidió esta vez el que se procediese definitivamente contra Jesús como se quería.

Jesús seguro, más que por el favor de Nicodemus ni por otras razones humanas, porque sabía que no había llegado la hora y el poder de las tinieblas, a pesar de que se iba el pueblo, quedóse confiado en Jerusalén, desafiando con su presencia las asechanzas de sus enemigos, que no pensaban otra cosa que arruinarle.

Llegada la noche se dirigió al monte Olivete. Cuando andaba por los campos de Galilea buscaba los montes y sitios retirados para orar. Cuando estaba en Jerusalén acostumbraba ir con sus discípulos al monte Olivete, donde pasaba acaso toda la noche. Piensan algunos que lo hacía por evitar sorpresas de sus enemigos. Retiróse, pues, a su monte esta noche, mas llegada la mañana, se presentó de nuevo en el Templo. Todo el pueblo corrió a su lado al verle. Siendo aún el día siguiente a las fiestas habría de seguro en la capital todavía mucha gente que no había vuelto, la cual libre de otros quehaceres se reunió alrededor del Maestro insigne que tanto llamaba la atención en todo Israel, y tan excelsa misión se atribuía y tan singular doctrina predicaba.

Viéndolos el Señor ansiosos y necesitados de ella sentóse en el templo a enseñar en uno de sus atrios, según costumbre de los rabinos o maestros.

Cuando estaba explicando su doctrina oyese el murmullo de escribas y fariseos, que abriéndose paso entre la multitud que estaba alrededor del Maestro, se llegan a él. Traían en medio avergonzada y temblorosa a una pobre mujer, que, crueles y despiadados, colocaron en medio de aquella muchedumbre curiosa, y mostrándosela al Maestro le dijeron:

«—Maestro, esta mujer acaba de ser sorprendida en flagrante adulterio. Moisés en la ley nos manda apedrear a semejantes mujeres. Tú ¿qué dices?

»Decían esto tentándole para poderle acusar».

En efecto, era tanta la misericordia de Jesús con los pecadores, que se podía asegurar que no querría condenar ni aun a esta mujer cogida en tan repugnante y abominable delito. ¡Infeliz! Probablemente la algazara y excesos de aquellas fiestas, que, aunque sagradas, daban ocasión y cebo a la lascivia humana, la habían empujado al pecado de manera que fué cogida infraganti, y por su desgracia cayó en manos de quienes, en vez de haberla tratado con misericordia, vieron en su caso un medio para tender algunos enredos a su mortal enemigo, aunque para ello tuviese que padecer la honra de aquella miserable.

¿Qué haría el Maestro? Renunciaría a su habitual bondad

con los pecadores? Se atrevería en un caso tan grave y odioso a usar de misericordia? Moisés mandaba apedrear a la culpable, y el que se daba por Mesías ¿se atrevería a contradecir a Moisés? Vamos a ver lo que hace ahora, debieron decirse llenos de júbilo los escribas y fariseos. Moisés dice que apedrearla. A ver! qué dices tú.

Además acaso tenían presente otro peligro que le podría venir. Porque si, conforme a la ley de Moisés, mandaba apedrearla incurriría en la injusticia de los Romanos, que se habían reservado las penas de muerte.

¿Qué hizo Jesús? No respondió una sola palabra. Sentado como estaba inclinóse un poco y en actitud de hombre pensador púsose a trazar en tierra con su dedo letras que no sabemos lo que significaban.

Impacientes los acusadores instaban preguntando una y otra vez.

Entonces se levantó gravemente el Maestro y dijo:

«—El que de vosotros esté sin pecado arroje sobre ella la primera piedra».

«E inclinándose de nuevo seguía escribiendo en tierra».

Un repentino trueno no hubiera causado más pavor y silencio en el auditorio. Todos hubieran querido desaparecer de repente. La conciencia de sus pecados, por los cuales acaso no se diferenciaban de aquella infeliz, sino en que ella había sido descubierta y ellos estaban aún ocultos, el temor de que aquel Maestro, que tan bien conocía lo interior de los corazones tuviese conocimiento de sus delitos, los hizo enmudecer y temblar de miedo. Y como pudieron fueron escabulléndose «uno tras otro comenzando por los más viejos», según dice San Juan.

Y debía ser curiosísima aquella escena. Seguía Jesús escribiendo, sin mirar a nadie. Seguían los escribas y fariseos desfilando uno tras otro sin decir palabra. Seguía la mujer temiendo y esperando el desenlace de su acusación. Y seguía, en fin, la turba reunida esperando en qué había de parar todo aquello, y qué solución por fin se había de dar al enredado paso.

«Quedó, pues, Jesús solo y la mujer en medio de pie». Habíanse ido todos los acusadores, y, fuera de la muchedumbre que antes estaba, no quedaron allí sino Jesús y la

adúltera, y como hermosamente dice San Agustín, la miseria y la misericordia.

Entonces levantóse la misericordia, el bondadoso Maestro, y echando una mirada a los circunstantes como quien buscaba á los acusadores, dijo a la miseria, a la mujer:

«—Mujer dónde están los que te acusaban? Ninguno te ha condenado?»

»Y dijo la mujer:—Ninguno, Señor.

»Y dijo Jesús:—Ni yo te condenaré tampoco. Vete y ya no vuelvas a pecar».

Preciosa y delicadísima bondad e indulgencia. Su suavísima sabiduría halló un modo egregio de librarse a sí mismo de las redes que le tendían, presuntuosos y malévolos, sus enemigos, y a la pecadora de sus tenaces acusadores, que acaso, si Jesús no los hubiera hecho esconderse avergonzados, la hubiera llevado de allí a otros tribunales que desautorizasen el fallo del Nazareno. Primero libró a la infeliz de sus zorros, y luego la despidió benignamente perdonada.

Acaso la pobre mujer no sentía aún aquel dolor que sentía la Magdalena, cuando se arrojó a los pies de Jesús. Acaso lo único que la preocupaba era su vergüenza y el miedo de ser apedreada. Es cierto que Jesús no añadió aquí como otras veces aquel sublime, «se te perdonan tus pecados. Vete en paz». Solo dijo, «no te quiero condenar». Acaso veía el Maestro que aún no había pensado la pecadora lo suficiente acerca de su enmienda, y por eso añadió: «Vete y no quieras ya pecar».

Jesucristo que no quiso ejercer exteriormente el papel de juez ni acusador, no iba tampoco esta vez a ejercerlo, y como en otra ocasión pudiera haber contestado en esta:— ¿Quién me ha nombrado a mí juez de estos casos?»

Dos cosas hay que advertir acerca de este pasaje.

Es la primera que en muchas antiguas copias y traducciones del Evangelio de San Juan falta esta narración. La razón es, dice San Agustín, que algunos de poca fe o mejor dicho enemigos de la verdadera, temiendo que con este relato se diese a sus mujeres la inmunidad de pecar, omitieron en sus cuadernos lo que el Señor hizo con indulgencia con la adúltera. Por la misma causa dice Nicón que se

quitó de la traducción armenia. Mal hecho, porque la verdad sagrada jamás debe ocultarse. Ni la indulgencia del Maestro puede dar ocasión de inmunidad, pues expresamente concluye con aquella advertencia suya tan repetida. «No quieras más pecar».

Es la segunda la curiosidad que todos suelen tener acerca de lo que el Maestro escribió. Sobre lo cual solo podemos decir las conjeturas de algunos intérpretes. Acaso, dicen unos, escribió aquella sentencia de Jeremías: «Los que se separan de tí serán escritos en tierra» donde se borren sus nombres. Otros, y así lo ponen algunas copias del Evangelio, creen que escribió los pecados de cada uno de los acusadores. Algunos creen que no hizo otra cosa que trazar líneas y signos sin sentido. Lo más verosímil parece que escribió algo, pero algo que no se podía entender, porque no parece creíble que si lo hubiera entendido San Juan no nos lo hubiera dicho. Y acaso podía entenderse si lo que escribía lo trazaba en el pavimento del templo, que, embaldosado como estaba, no podía recibir huellas de lo que el dedo allí marcaba?

148. JESÚS LUZ DEL MUNDO

(J. 8, 12-30)

Pasaba todo esto en el Gazofilacio del templo, sitio muy concurrido y transitado, donde estaban los cepillos para recoger las limosnas para el culto y los sacrificios. Allí, según parece, desde la primera noche de la solemnidad de las Tiendas, solían colocarse uno o dos enormes candelabros con cuatro mecheros, en cada uno de los cuales cabían ciento treinta logos de aceite, que vendrían a ser más o menos treinta y tantos litros. A la luz de estos candelabros solía, según dicen algunos judíos, celebrar fiestas y danzas el pueblo mientras tocaban sus instrumentos los levitas sentados en las gradas que bajaban del atrio de Israel al de las mujeres. Esta luz y todas las iluminaciones que aquellos días lucían en la Santa Ciudad, eran símbolo y anhelo de la gran luz que esperaban del Mesías, iluminador, que, según profecía de Isaias, había de aparecer en el pueblo de Dios. Allí estaba ya aquella luz. Ya lo que había predicho

Isaias se había verificado. «El pueblo que andaba en tinieblas vió una gran luz; a los que habitaban en la región de muerte les apareció una luz». Aquellos candelabros estaban de sobra. Y con la misma oportunidad que cuando las aspersiones del agua de Siloé había exclamado: «El que tiene sed venga a mí» exclamó ahora y dijo al pueblo:

«—Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no caminará en tinieblas, sino tendrá la luz de la vida».

Y al decir Jesús estas palabras que en otro cualquiera hubieran sido arrogancia, se renovó otra vez una contienda y controversia parecida a la del día anterior, que fué poco a poco calentándose en sumo grado. De ella, como dijimos de la del día anterior, nos da San Juan los pasos principales, omitiendo muchos incidentes intermedios e ideas complementarias. Por lo cual es preciso muchas veces adivinar el tránsito de unas ideas a otras, y la encadenación de unas verdades con las anteriores.

Oyendo, pues, los fariseos que Jesús se llamaba abiertamente luz del mundo, le dijeron:

«—Tú das testimonio de tí mismo; tu testimonio no es verdadero». Es interesado.

«Respondió Jesús y dijo:—Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde he venido y adónde voy». Es decir, tengo conciencia de mi origen divino, que vengo de Dios, y de mi término divino, porque a mi Padre voy. Y añadió:—«Vosotros juzgáis según la carne (según lo que a los sentidos parece). Yo no juzgo a nadie. Y si juzgo mi juicio es verdadero, porque no estoy solo, sino que estamos yo y mi Padre que me envió. Y en vuestra ley está escrito, que el testimonio de dos hombres es válido».

Es decir: Yo de ordinario no juzgo a nadie, pero si alguna vez doy o diere testimonio de alguno sabed que mi testimonio es válido. Porque si bien son necesarios dos testigos para que se admita el testimonio, ya estamos dos, yo y mi Padre que testifica y dice lo mismo que yo, como lo podéis entender por los milagros que por mi medio hace, en confirmación de mis palabras.

Al decir esto como buscando al padre de Jesucristo y burlándose de sus palabras, le dijeron:

«—Dónde está tu padre?»

A esta burlona pregunta de los fariseos, que se daban por desentendidos del Padre, a que Jesús aludía, respondió gravemente el Mesías:

«—Ni me conocéis a mí, ni conocéis a mi Padre. Si me conociérais a mí, también conocerías a mi Padre».

Bien claramente les daba a entender de qué Padre él hablaba. Y echábalos en rostro, el que a pesar de sus milagros no reconociesen todavía quién él era, y quién era su Padre. Y dice San Juan, que a pesar de ser tan terminantes las declaraciones, y de decirlas en el Gazofilacio del templo, sitio bien público, y enseñando, delante de mucho pueblo, con todo (ninguno le prendió porque todavía no había llegado la hora».

Sin embargo, la controversia se iba calentando y los fariseos se iban enardeciendo. Jesús, volviéndose sobre las últimas palabras que había dicho, y advirtiéndoles la gran culpa y responsabilidad, que, por no haberle querido reconocer, tenían, les amenazó con el más terrible castigo que podría imponerles, diciendo:

«—Yo me voy. Y me buscaréis y moriréis en vuestro pecado. Adonde yo voy no podéis venir vosotros».

Terrible amenaza por cierto. El Mesías, el esperado, el prometido les había venido. No le habían querido aceptar ni reconocer. Culpa grande y pecado irremediable. El Mesías, pues, se iba a ir y los iba a dejar. Ellos seguirían esperando al Mesías, y buscándolo en cualquier impostor que se presentase; pero no hallarían al verdadero Mesías, porque éste era él, y a él no le querían reconocer. Y morirían en su pecado; porque el pueblo escogido sería destruido y arrasado y dispersado en pena de su infidelidad. Adonde yo voy no podéis venir vosotros. Porque yo voy a mi Padre y vosotros no podéis venir conmigo.

Recibieron con mofa semejantes palabras, según parece, los fariseos y dijeron despreciativamente:

«¡Si se irá a matar a sí mismo!... Porque dice que adonde yo voy no me podréis seguir».

«Respondió Jesús:—Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Ya os digo que moriréis en vuestro pecado; por-

que si no creéis que soy yo (lo que digo) moriréis en vuestro pecado».

«Interrumpiéronle los fariseos y dijéronle:—Pues y ¿quién eres tú?»

«Díjoles Jesús:—Soy el que desde el principio os estoy diciendo. Muchas cosas tengo que hablar y juzgar de vosotros; pero el que me envió es veraz, y yo hablo al mundo lo que oí de él.

«No conocieron, dice esta vez el Evangelista, que llamaba su Padre a Dios.

«Díjoles, pues, Jesús: Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, entonces conoceréis que soy yo, y que nada hago de mí mismo, sino que como me enseñó el Padre así hablé. Y el que me envió está conmigo y no me dejó solo. Porque yo hago siempre lo que a él le agrada».

En efecto, crucificado Jesús, muchos judíos creyeron en él y se convirtieron.

Muy claro les habla aquí de su Padre y de su misión divina recibida de él.

149. LOS HIJOS DE ABRAHAM

(J. 8, 31)

Era tal el acento de convicción con que dijo estas cosas el Maestro divino, tal la fuerza de sus explicaciones, tal, en fin, la claridad de sus pruebas, que según asegura el Evangelista San Juan, «cuando dijo esto muchos creyeron en él».

Y no debían ser galileos éstos, a quienes se refiere el Evangelista, sino judíos según se expresa; aunque tampoco debía ser muy firme su fe, porque Jesucristo en tono de desconfianza los exhortaba a perseverar.

«Decía, pues, Jesús a los judíos que en él habían creído:

«—Si vosotros permanecéis en mi palabra seréis en verdad mis discípulos. Y conoceréis la verdad y la verdad os dará libertad».

«Gran don les prometía! la libertad, la libertad del alma de la servidumbre del pecado. La gracia que hace a los hombres, en vez de esclavos de la culpa, hijos de Dios. Pero aquellos judíos, más arraigados en soberbia que en fe de Cristo, y otros que con ellos estaban y no habían ni